

licencia no pudiera conseguirlo, como no pudo tentar sin ella á Job¹, ni aun entrar en los puercos². Pero concediósele porque así convenía; pues que, dado caso que el demonio pretendía turbarlos y esparcirlos, como quien criba trigo sin tiento alguno; pero Dios pretendía convertir aquella tentación en provecho de ellos, para que quedasen más humildes y puros en adelante, como el trigo bien cribado queda limpio de la neguilla y paja. ¿Quién desconfiará en las tentaciones de los enemigos, sabiendo que por encima de ellos está la mano del Señor que nos defiende? Luego le dice que Él había rogado para que no desfalleciese ó faltase su fe, dándole á entender que sin duda pereciera, y Satanás prevaleciera contra él hasta del todo destruirle, si no fuera por su oración y protección. Por fin, le exhorta á que se muestre agradecido á la protección que le dispensa, diciéndole: «Luego de convertido, confirma á tus hermanos». ¡Oh caridad infinita de Jesús! No dice á san Pedro: Cuando te convirtieres, dame gracias por los auxilios que te haya prestado, sino confirma á tus hermanos en la fe y confianza; mira por ellos, ayúdalos en lo que fuiste ayudado, y en esto me pagarás algo de lo mucho que por ti he hecho. ¡Oh amantísimo Jesús! Suplico á vuestra divina Majestad que, si diereis licencia á Satanás para que me cribe como trigo, seáis Vos mi abogado y protector, para que no desfallezca mi fe, ni falte en la caridad; convertid, Señor, la tentación en mi provecho y en el de mis prójimos, para que la aflicción sea crisol en que me purifique y me haga instrumento hábil para convertir á mis hermanos. ¿Hemos nosotros oído los avisos de Jesús á Pedro? ¿Desconfiaremos en las tentaciones? ¿No procuraremos ser agradecidos á la protección del Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuánta es la sutileza del vicio de la ambición! ¡Con qué inoportunidad y disimulo se introduce en los corazones que más debieran resistirle! Los Apóstoles, que poco antes estaban cargados de tristeza y miedo por las palabras que les había dicho Jesús, en cuanto les habló de su gloria, ya comienzan á cavilar y á disputar entre sí sobre quién sería el mayor entre ellos. Pero ¡cuán sabiamente corta Jesús esta peligrosa contienda! En mi escuela, dice, quien quiera ser mayor, se ha de hacer el menor, y el reino que Yo quiero daros ha de ser obtenido por vosotros del mismo modo que Yo le alcanzo, esto es, por medio de humillaciones y trabajos. Graba bien en tu corazón estas palabras divinas, y escucha con saludable temor los tristes anuncios de Jesucristo. Habláis de grandeza, añade, vosotros que sois tan flacos, que en esta misma noche me habéis de abandonar cobardemente: pensáis en superioridades, y Pedro, que se hace superior á todos, presumiendo de sí y creyéndose invencible, me negará hasta tres veces. ¿Qué sentirían los Apóstoles al oír estos

¹ Job., 1, 12. — ² Matth., viii, 31.

tristes pronósticos de su divino Maestro? Atiende, por fin, á los saludables avisos que da á Pedro, después de haberle anunciado su caída. Satanás ha querido cribarles y esparcirles; mas El ha rogado y obtenido de su Padre firmeza en la fe; y, en cambio, quiere que confirme á sus hermanos después de convertido. En vista de esto, ¿qué debemos resolver? ¿Nos ha dominado algún tanto la ambición? ¿Queremos sobreponernos á los demás? ¿No recelamos de nuestra propia debilidad? ¡Ah! Basta que demos una ojeada á nuestros años pasados, y con grande confusión habremos de confesar que hemos sido más dignos de castigo que Pedro. Salgamos ya de nuestra apatía en resistir al demonio; para lograrlo, propongamos lo conveniente, y pidamos por nosotros, por los pobres pecadores y por todo el mundo.

17.—SERMÓN DE LA CENA.—AMOR DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Jesucristo, en el sermón de la cena, exhortó al amor de Dios, diciendo que se echa de ver en la observancia de los mandamientos, y pónese á sí mismo por modelo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús predicando á sus discípulos, y á ti entre ellos.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de amar á Dios.

Punto 1.º Excelencia del precepto del amor de Dios.— Considera cómo lo que con más encarecimiento inculcó Jesús á sus Apóstoles, fué el amor de Dios. Para despertar en ellos este divino afecto, les dijo: «Como el Padre me amó, así Yo os he amado; permaneced en mi amor»; como quien dice: El amor que os he tenido no es como quiera, sino como el que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado, y por esto quiero y os mando que permanezcáis en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo, para que Yo por vuestra culpa no haya de dejar de amaros; y esforzándoos también en amarme, como Yo os amo, porque amor no se paga sino con semejante amor, y el amor mueve á ser amado. Para moverte á practicar este divino amor, recuerda lo que en otra ocasión dijo el Señor de este mandamiento, que es el primero y mayor de todos². Es el primero *en orden*, porque se pone por fundamento de todos, y es fundamento de la vida espiritual y raíz de toda la perfección; *en la dignidad*, porque manda el supremo acto de virtud que hay en la vida cristiana, que es la caridad, la cual es mayor que la fe y la esperanza, y sin la cual todas las virtudes son muertas, y nada eres delante de Dios; *en el merecimiento*, porque la caridad es la primera causa de todos tus merecimientos delante de Dios, y sin ella ninguna obra merece algo; y aunque des toda tu hacienda á los pobres y tu cuerpo á las llamas, nada

¹ Joan., xv, 9. — ² Matth., xxii, 38.

te aprovecha para merecer la vida eterna; *en la suavidad y dulzura*, porque de la caridad nace toda la suavidad del yugo de Dios y la ligereza de la carga de su ley; y, finalmente, *en la intención*, porque, como dice san Pablo ¹, es el fin de los preceptos, y todos se ordenan á la caridad, y á ella ha de ir enderezada nuestra intención, y así has de acompañar todas tus obras, haciéndolas por amor, para que su bondad sea perfecta. ¡Oh Amador dulcísimo! ¿Quién no se moverá á cumplir este primer mandamiento, al oír lo que Vos nos decís de él? ¿Con qué palabras más encarecidas podíais declarar la grandeza del amor que nos tenéis, que con decir que nos amabais como vuestro Padre os amó! Y ¿con qué razones más eficaces nos podíais mover á que os amásemos, que con decirnos la grandeza del amor con que nos amáis! ¡Oh alma mía! Escucha la palabra de Jesús, que te exhorta á que cumplas este primer mandamiento. ¿Cómo lo has hecho? ¿Amas á Dios del modo que Jesús quiere?

Punto 2.º Señal y premio del amor de Dios.—Considera cómo Jesucristo manifestó á sus discípulos en este sermón la señal más evidente é infalible de que uno ama á Dios, diciéndoles ²: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; el que guarda mis mandamientos, este es el que me ama». De modo que el amor de Dios no se descubre en las palabras, sino en las obras; y no se echa sólo de ver en hacer muchas limosnas, severas penitencias, largas oraciones, ó en tener altas contemplaciones, sino en observar exactamente los divinos mandamientos. Tampoco quiere el verdadero amor estar ocioso ó vivir á su libertad, sino que trabaja por cumplir la voluntad del amado, y en esto se encierran tres grandes bienes. El primero, ser amado del Eterno Padre con especiales señales de amor; y si tan gran bien es ser amado de los reyes de la tierra, ¿cuán gran bien será ser amado del Rey del cielo? Nada puede faltar ciertamente al que priva con tal Rey. El segundo, que el Padre y el Hijo, y por consiguiente el Espíritu Santo, morarán dentro de él, y estarán en su alma, rigiéndola, regalándola y teniendo especial cuidado de ella. El tercero, que Cristo se le manifestará, así en esta vida por la luz de la fe muy esclarecida con la gracia de la contemplación, como en la otra por la visión beatífica con que se ve á Dios claramente. Estos son los abundantes y regalados premios que promete Jesús á los que le aman, diciendo: «El que me ama será amado de mi Padre, y Yo le amaré, y le manifestaré á Mi mismo; y si alguno me ama, mi Padre le amará, y ambos vendremos á él y haremos morada en él». ¡Oh dichosos los que aman á Cristo cumpliendo sus mandamientos, pues tan grandes bienes alcanzarán por ello! ¿Amamos nosotros á Jesús observando sus preceptos? ¿Está nuestro amor ocioso? ¿Es interesado ó volunta-

¹ 1 Tim., 1, 5. — ² Joan., xiv, 15.

rioso? ¡Oh sabiduría eterna! Vos que mostráis vuestra justicia y rectitud en premiar y favorecer á los que os aman, ayudadme á caminar por los caminos de la justicia y por las sendas de la perfección, amándoos con todas mis fuerzas, para que sea digno de que me enriquezcáis con las riquezas celestiales, y llenéis mis deseos con los tesoros de los bienes sempiternos.

Punto 3.º Modelo y dechado de este amor.—Considera cómo Jesucristo quiso ponerse á sí mismo por ejemplo y dechado del amor que debemos á Dios, y del modo cómo hemos de ejercitarlo, diciendo: «Si guardáis mis mandamientos permaneceréis en mi amor: como Yo guardé los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor, así en el amor que me tiene, como en el que Yo le tengo». Pondera el modo divino cómo guardó Jesucristo los preceptos de su Padre. Porque los observó con toda perfección, diciendo de Él su mismo Padre: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias». Guardólos perpetuamente, pudiendo decir que hacía siempre las cosas que le eran agradables: guardólos con admirable abnegación, privándose del reposo, comida y sueño por cumplir la voluntad de su Padre, separándose temporalmente de su Santísima Madre, aunque era intensísimo el amor que la profesaba, y sabía la amargura y dolor que con su separación inusitada le había de causar; y, por fin, se entregó á los azotes, espinas y cruz para cumplir la voluntad y precepto que le había impuesto el Padre. Tal es el modelo perfectísimo de amor que pone Jesús delante de tus ojos. De manera que si deseas que tu amor á Dios sea verdadero, es necesario que observes sus preceptos con toda la perfección que sea posible, sin omitir ninguno, por pequeño que sea, y cumpliéndolos con grande fervor, recta intención y encendida caridad; debes observarlos perpetuamente, sin desfallecer ni volver atrás, y con grande abnegación, estando dispuesto á sacrificar todas tus inclinaciones, vencer todas las repugnancias, y cargar con todos los trabajos, para cumplir la ley divina. ¡Oh Amado mío! Deseo cumplir la voluntad de vuestro Padre celestial como Vos la cumplisteis, amándoos como le amasteis, para ser amado como Vos lo fuisteis. *Diligam te sicut diligor a te.* Ámeos como me amáis. Y pues me mandáis que os ame, dadme lo que me mandáis, para que pueda amaros como queréis. ¡Oh alma fiel! Pon tus ojos en Jesús, y verás el modo de amar á Dios. ¿Cumples los divinos preceptos con la perfección, constancia y abnegación que Él?

Epílogo y coloquios. ¡Qué legados tan ricos, qué consejos tan excelentes, qué encargos tan divinos hace Jesús á sus Apóstoles, y en ellos á todos sus discípulos, antes de ir á la muerte! El amor de Dios es el primero y más principal de todos los preceptos; primero en la eficacia, en la dulzura, en el merecimiento, en la intención; y este precepto es repetidas veces

inculcado por el Salvador en su divino sermón de la cena. «Como mi Padre me amó, dice, así Yo os he amado; permaneced en mi amor.» ¿Qué corazón puede haber tan duro que resista á tan terribles palabras de un Dios? ¡Qué ingratitud tan monstruosa no amar á Jesús! Pero ¿cómo hemos de amarle? Él mismo nos lo enseña: «El que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama». El amor de Dios no puede estar ocioso ni es amigo de libertad, sino que se hace esclavo voluntario de su Amado. Pero en retorno, ¡qué bienes! ¡qué grandezas! ¡qué provechos reporta! Ser amado del Padre Eterno con singular ternura: ser morada especial de la Santísima Trinidad: recibir altísimas ilustraciones de Dios en esta vida, y en la otra la visión beatífica. ¡Oh, si amásemos con perfección á Dios! ¿Dónde hallaremos un modelo, un ejemplar y dechado de este perfecto amor? Jesús nos lo dice: «Como Yo guardo los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor, así debéis hacerlo vosotros». ¿Qué resolvemos, pues, en vista de todo esto? ¿Cómo no imitamos los ejemplos de obediencia que nos da Jesús? ¡Oh, dureza insensata de nuestro corazón! ¡Tan blandó para rendirse al amor de las criaturas, y tan rebelde para entregarse á Dios! Trabajemos para poner eficaz remedio á tan pernicioso desorden; propongamos lo que nos convenga hacer y evitar, y pidamos los auxilios divinos que nos son necesarios para esto, sin descuidar el rogar por todas las cosas que se nos han encomendado.

18.—SERMÓN DE LA CENA.—AMOR FRATERNAL.

PRELUDIO 1.º Jesús, en el sermón de la cena, recomendó eficazmente el precepto de la caridad fraterna, llamándole nuevo, suyo, y compendio de todos los otros.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús exhortando á la caridad.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de tener grande caridad con el prójimo.

Punto 1.º *El precepto de la caridad fraterna es un precepto nuevo.*—Considera cómo Jesucristo no se contentó en el sermón de la cena con exhortar á sus Apóstoles al amor de Dios; inculcóles también con palabras muy encarecidas el amor del prójimo, y hasta por tres veces, para que se viese el ardiente deseo que tenía de que se cumpliese. La primera vez les dijo: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos á otros como Yo os amé, y con esto conocerán que sois mis discípulos, si os tenéis amor». Llama á este mandamiento nuevo, porque Él le renovó, que estaba muy caído, y le puso en perfección, y como fundamento de la ley nueva, que toda es ley de amor, y por él somos semejantes al Adán nuevo, y somos renovados en el espíritu, y alcanzamos la nueva dignidad de hijos de Dios por la

¹ Joan., xiii, 34.

adopción de Cristo. El precepto antiguo del amor decía: «Amarás al prójimo como á ti mismo». El nuevo dice: «Amarás á tu prójimo como Cristo te amó», esto es, con la pureza, fervor é intensidad con que te amó, á semejanza suya, queriendo y procurando para él principalmente los bienes espirituales, aunque sea con menoscabo de tus comodidades temporales. Y para que estimemos más este amor, dice que esta es la divisa y señal de sus discípulos, que fué decirles: Los discípulos de Moisés son conocidos por la observancia de las ceremonias de la ley; los del Bautista, por ayunos y asperezas; los de los fariseos, por los vestidos y ceremonias exteriores; los de los filósofos, por sus dichos y sentencias agudas; pero los discípulos de mi escuela, por el amor de unos con otros; y aunque puede haber otras señales, como son la fe, la profecía, los milagros y otras obras muy gloriosas; pero esta del amor es certísima y puede hallarse en todos, sin la cual las demás son imperfectas. Y por esto dijo el Sabio: «Que los hijos de la sabiduría son la congregación de los justos, cuya nación y condición propia es obediencia y amor»; porque como las naciones se conocen por el lenguaje ó trajes, ó por los fueros y otras señales exteriores, así la nación de los hijos de la sabiduría encarnada, que es Cristo, se conoce por la obediencia y el amor de Dios, y de unos con otros entre sí. ¿Queremos nosotros que Dios y los hombres nos reconozcan por discípulos de Cristo? ¿Cómo lo hacemos? ¿Amamos al prójimo del modo que Jesús nos ama? ¡Oh Maestro dulcísimo! Dadme la señal de los que cursan en vuestra escuela, para que por ella, no solamente sea yo conocido, sino seáis Vos glorificado, pues la virtud del discípulo es gloria del Maestro. Renovad mi corazón para que reciba y conserve el precepto del amor que Vos renovasteis, subiéndole á una perfección que no tenía.

Punto 2.º *El precepto de la caridad fraterna es propio de Cristo.*—La segunda vez que Jesús exhortó á sus discípulos á la mutua caridad, les dijo: «Este es mi precepto, que os améis unos á otros, como Yo os amé; ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar la vida por sus amigos». Considera cómo en estas palabras al mandamiento del amor que Jesús llamó nuevo, llama ahora suyo; porque, aunque es verdad que todos los mandamientos son suyos, porque Él, en cuanto Dios, es el legislador soberano que desde el principio imprimió en la razón del hombre la ley natural, y después en tablas de piedra la ley del decálogo, este precepto es por excelencia suyo. Es suyo, porque en él funda su ley, estribando en él todos los demás preceptos que comprende; es suyo, porque lo amó especialmente y se preció de guardarle perfectísimamente, poniéndose por dechado en el cumplimiento de él; es suyo, porque le estima en más que á los otros,

¹ Eccli., iii, 1. — ² Joan., xv, 7.

queriendo que en su observancia se señalen de un modo singular sus discípulos; es suyo, porque por él hace á los hombres suyos, sus hijos, sus amigos, sus fieles siervos, y con él les da sus cosas propias, que son su gracia y la herencia de la gloria, y á sí mismo se entrega por suyo. Finalmente: es precepto suyo, porque en su práctica ha querido ser Él mismo un acabado modelo, porque, siendo el supremo acto de este amor el dar la vida, si fuere menester, por sus amigos, esto es, por aquellos á quienes ama, Él la ha dado por nosotros, á fin de podernos decir: «Ejemplo os he dado para que os améis como Yo os he amado». Ponderando todo esto, has de confundirte grandemente viendo por una parte el grande-aprecio que Jesús, tu Maestro, hace del amor fraternal, y por otra el triste y culpable olvido en que lo has tenido, á causa de haberte dominado el amor propio, que es mortal veneno de aquél. ¡Oh Amador infinito! Vos disteis la vida por todos, porque á todos amasteis, y aunque eran vuestros enemigos, la ofrecisteis por ellos para convertirlos en amigos; dadme un amor tan perfecto como éste, pues no es razón quiera yo mi vida, siendo tan vil y miserable, más que Vos quisisteis la vuestra, siendo tan preciosa y admirable. ¡Oh cristiano! Si estas palabras del Señor no te aficionan al amor del prójimo, no tienes corazón. ¿Qué has hecho hasta hoy? ¿En qué aprecio has tenido la caridad fraterna?

Punto 3.º *El precepto del amor es un compendio de todos los otros preceptos.*—Considera cómo por tercera vez el Señor recomendó á sus Apóstoles el amor de unos con otros, diciendo: «Estas cosas os mando: que os améis unos á otros». En las cuales palabras, claramente da á entender que todas las cosas que mandó en su ley y todos los demás mandamientos, están cifrados y compendiados en este único del amor, y por esto dijo: Estas cosas os mando: que os améis; porque si os amáis cumpliréis todas las demás; porque la caridad es paciente, benigna, no es envidiosa, no obra en vano, no busca su interés, ni piensa mal; todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, y, en una palabra, el cumplimiento y plenitud de la ley es el amor. Pondera, además, cómo el Señor, para dejar más impreso en la memoria y fijo en el corazón este deber del amor mutuo, lo repite tres veces, y todas tres le llama precepto, con no haber usado este vocablo cuando les encargó que le amasen, como quien dice: Para que me améis, no será menester diga Yo que os lo mando, porque el amor que os tengo y los bienes que os he hecho están diciendo con elocuencia que me améis; mas para que améis á vuestros prójimos, quiero mandarlo expresamente una, dos y tres veces, porque no os descuidéis en este amor. Y así, aunque todos los pecadores serán castigados según la gravedad de sus

¹ Joan., xvi, 23.

culpas, para los que carecen de amor á sus prójimos, ni usan con ellos de misericordia, se hará un juicio durísimo y sin misericordia, por haber resistido con mayor conocimiento á la voluntad del Supremo Juez. ¡Oh Salvador amantísimo! ¿Qué más podíais hacer para encender en los corazones de vuestros discípulos el fuego de la caridad fraterna? ¿Con qué palabras más encarecidas podíais inculcar este precepto? Ahora conozco mi enorme malicia al resistir á vuestra voluntad, dejando de amar á mis hermanos. Dadme un corazón nuevo, llenadle de los afectos que ocupan el vuestro, para imitaros en amar á mis prójimos, haciéndome digno de vuestros premios.

Epílogo y coloquios. ¡Con qué eficacia y encarecimiento recomendó Jesucristo á sus discípulos el precepto de la caridad fraterna! Para moverlos á observarle, se lo presenta como un precepto nuevo, porque, aunque estaba ya mandado en la antigua ley de Moisés, y todavía más, consignado y promulgado en la ley misma natural; pero Jesús lo renovó, perfeccionó y sancionó nuevamente. Púsole como fundamento de la ley nueva, y como medio indispensable para la renovación espiritual del hombre. El antiguo ordenaba que el modelo del amor al prójimo fuese el amor que cada cual se tiene á sí mismo; Jesús quiere que el modelo de nuestro amor sea el que nos ha profesado Él mismo; y en este amor hemos de ser conocidos por discípulos suyos, y esta ha de ser la principal cualidad que copiamos de nuestro Maestro. Este precepto es suyo de un modo especial, porque se precia de guardarle perfectísimamente; en él funda su ley, le estima más que á los otros, y es el medio por el cual los hombres han de venir á ser suyos. Este precepto es también, según el Señor, una suma y compendio de todos los demás preceptos, y cumpliéndolo perfectamente, cumplimos toda la ley, ya que todos los mandamientos de ella se reducen á los dos, amar á Dios sobre todo, y al prójimo como Jesús nos amó. Ante tales motivos de amar á nuestros hermanos, ¿qué nos dice nuestro corazón? ¿Nos atreveremos á abrigar el odio, la envidia, la antipatía, los resentimientos y otros defectos tan opuestos á la verdadera caridad? ¿Haremos de la caridad fraterna el aprecio que desea Jesús? Imposible parece que haya hombres que se atrevan á llamarse discípulos de Cristo, teniendo, como tienen, un corazón durísimo para con sus hermanos. Detestemos nosotros tan abominable proceder, imprimamos en nuestro corazón las palabras de nuestro divino Maestro, y para regularnos por ellas, hagamos propósitos firmes y muy particulares, roguemos al mismo Jesús que nos ayude á cumplirlos, y nos socorra en todas nuestras necesidades.